
HAUTER, François, *Planète Chinoise*, Ed. Carnets Nord, París, 2008.

LOS CAMINOS DE LA EXPANSIÓN DE CHINA POR EL MUNDO, por Alfred CERDÁN FIZ*

Desde el extremo oriente ruso hasta las recónditas islas del pacífico sur, en este relato François Hauter emprende un interesante viaje de descubrimiento con el que pretende comprender mejor las claves de la espectacular expansión planetaria protagonizada por China durante los últimos años. François Hauter se embarca en un viaje de cuatro meses alrededor del mundo, durante los cuales visita las regiones del globo en las que se concentran con mayor ímpetu los esfuerzos chinos en el exterior. Basándose en su larga experiencia como corresponsal en China, Hauter introduce asimismo las variables que hay que tener en cuenta si se desea entender mejor las complejidades del gigante asiático, su fulgurante expansión comercial de los últimos años, pero también sus propias contradicciones - que deberá superar si quiere sobrevivir a su propio éxito. A pesar de tratarse de una obra de 2008, el tema tratado sigue siendo de plena actualidad; ni siquiera el contexto actual de contracción de los intercambios comerciales mundiales parecen poder detener la expansión china.

En la primera etapa de este viaje, Vladivostok (en ruso, "Señora de extremo oriente"), el autor nos habla del vertiginoso cambio de papeles que se está produciendo en esta zona del mundo, y que ilustra el meteórico ascenso de China al

rango de gran potencia. La otrora superpotencia soviética ve cómo en veinte años los habitantes de su extremo oriente han pasado de formar la punta de lanza de su presencia en Asia oriental, a sentirse amenazados por la extraordinaria pujanza de su hiperpoblado vecino del sur. Según nos cuenta el autor, los seiscientos mil habitantes de Vladivostok sólo están de acuerdo en una cosa: esta invasión es sólo una cuestión de tiempo. El "peligro amarillo", tema recurrente a través de este viaje, encuentra aquí su primera expresión a través de miedos irracionales a supuestos cazadores de ranas chinos que poblarían los bosques cercanos a Vladivostok, o una futura e inevitable invasión de los millones de chinos desde la vecina Manchouria; una muestra de las ideas preconcebidas que, muchas veces, despiertan los habitantes del Imperio del Medio.

El viaje prosigue por Asia Central, recorriendo los países que se sitúan en la frontera occidental de China. El renovado interés de China por contar con una presencia activa en esta región supone introducir una nueva variable a la ya de por sí complicada situación allí existente. El aumento de la presión colonizadora sobre la región autónoma de Xinjiang, en el oeste de China, no hace sino confirmar esta tendencia. Hauter nos descubre cómo China está construyendo quince autopistas

en dirección a Asia Central, en lo que sería un intento por abrir nuevas rutas comerciales por los mismos caminos por los que discurrió antaño la legendaria ruta de la seda. Una nueva ruta terrestre que asegure su expansión comercial en detrimento de la vía marítima actual - que no está en condiciones de controlar y que por lo tanto supedita sus exportaciones a potencias que podrían no siempre ser aliadas. Todo ello sin olvidar las grandes riquezas que encierra el subsuelo de la región, recursos necesarios para alimentar la voracidad de la industria china en materias primas. Como afirma el autor, China aspira a convertirse en el nuevo "imán" de las exrepúblicas soviéticas de Asia Central, en detrimento de Rusia. Allí impone sus mercancías, sus comerciantes, sus tropas especiales y hasta sus espías, a regímenes comunistas "prehistóricos" que no son rival para ella. Un dato sorprendente de esta parte del viaje es la constatación de un repuntar del tráfico de opio en dirección a China. Si el consumo del opio puede considerarse como uno de los factores que aceleró la decadencia del Imperio Chino durante el siglo XIX, el constatado repunte del consumo de sus derivados en China promete convertirse en un serio problema para el país durante los próximos años.

En la siguiente etapa de este viaje, Hauter se dirige al interior mismo de China, para intentar analizar su relación, a través de la propia historia del país, con el resto del mundo. Aquí, el autor plantea la interesante metáfora de la "muralla en la cabeza". La archiconocida muralla china, no sería en realidad la

única que los chinos han construido para separarse de sus vecinos; más bien es sólo el reflejo de toda una mentalidad que a lo largo de la historia ha llevado a China a abrirse al resto del mundo sólo cuando se ha visto obligada a hacerlo. Según el autor, esta muralla se ha convertido en una obsesión para los chinos de etnia han, y proviene de una conciencia de "ser diferentes" de los que durante siglos llamaron "bárbaros" y ahora simplemente "extranjeros".

Aquí Hauter aprovecha una metáfora china de la época Tang, según la cual el soberano de China es un barco y el pueblo al que gobierna el agua de los mares y los ríos. Con ello, pretende recalcar el cambio de estilo operado en la dirección de los designios del país desde hace unos años. Un cambio necesario, dice el autor, al no ser ya aceptable - ni siquiera en China - el burdo estilo de los anteriores dirigentes formados en Moscú, caricaturizado éste por Hauter como "construir presas gigantes y disparar sobre la muchedumbre", en clara relación a las faraónicas obras públicas características del régimen comunistas y las violentas represiones de cualquier tipo de disidencia a imagen de lo ocurrido en Tiananmen en 1989. Porque, como dice Hauter, aunque las aguas parece que bajan más tranquilas por el río sobre el que navega el carguero "China", cada vez resulta, paradójicamente, más complicado para el Gobierno chino mantener el buque a flote. Las fuertes desigualdades tanto en la sociedad como entre provincias, datos como que el 40% de los licenciados universitarios chinos no encuentren trabajo al salir de la universidad o el

pésimo estado de la sanidad pública, amenazan entre otros factores esta navegación plácida.

Hauter realiza asimismo una interesante reflexión sobre la falta de creatividad que impera actualmente en China y que hace que, a pesar de los miedos que pueda despertar en Occidente, la potencia económica china está hipotecada de salida al basarse en gran medida en copiar modelos extranjeros. Realiza una comparación con los artistas chinos que, según él, carecen en la actualidad de una dimensión crítica, lo que da a su arte un extraño aire de copia, de decorado de cartón piedra.

La siguiente etapa de este viaje lleva a Hauter a América del Norte, donde se dirige para conocer más de cerca la "diáspora" china en la región. Allí descubre que muchos de estos expatriados chinos que pasan gran parte de su tiempo contando las bondades de su país y su gobierno, en realidad no tienen el menor interés en volver a él. Y ello a pesar de las enormes cantidades de dinero invertidas por Pekín para intentar que regresen a su país. En este punto se ilustra uno de los mayores desafíos a los que, según el autor, deberá enfrentarse China en los próximos años; en el momento en el que más las necesita, las élites chinas se están desplazando al extranjero, produciendo una "sangría" que, como anticipa Hauter, representará un grave problema para China en el futuro.

El siguiente destino del viaje es Río de Janeiro, donde el autor se desplaza para intentar analizar el método por el que las empresas

chinas intentan implantarse en otros países. Allí constata la sorprendente torpeza de los empresarios chinos, cuya arrogancia les lleva a menudo a conseguir lo que quieren sólo pagando un precio muy alto. Entre 2003 y 2008, y como consecuencia de esta forma de actuar se produjo, por ejemplo, un aumento del 180% del precio de las materias primas y del 170% del de la energía.

El viaje prosigue en África, donde constatamos que los espacios que han abandonado progresivamente los europeos durante los últimos decenios están siendo ocupados por los chinos. Esta visita deja al descubierto el saqueo a gran escala por parte de una avalancha de empresas chinas de los recursos naturales de países como Mozambique o Gabón, con la connivencia de las autoridades locales. Bosques enteros son talados por empresas mixtas chino-africanas sin que, por supuesto, lleguen los beneficios más que a unos contados bolsillos locales. Destaca en este punto el papel de las embajadas chinas a la hora de captar este botín. Hauter nos las presenta como verdaderas fortalezas, construidas en territorio hostil. Se trata de intentar establecer un sistema que denomina "ganar-ganar", en el que las dos partes quedarían satisfechas en la misma medida.

La última parte del viaje discurre por el sudeste asiático y Oceanía. Allí nos encontramos, en primer lugar, con los proyectos chinos orientados a contar con salidas al mar para sus productos, mediante el desarrollo del puerto de Sihanoukville como salida hacia el golfo de Tailandia

y evitar así el estrecho de Malaca, controlado por Estados Unidos. En cuanto a la etapa australiana, resulta interesante constatar cómo las universidades australianas tratan de sacar partido de la gran demanda en educación existente en China para especializarse en el terreno académico. Numerosos padres chinos ahorran toda una vida para enviar a su hijo a una universidad extranjera, lo que está siendo aprovechado por las universidades australianas para satisfacer esta demanda, incluso mediante la construcción de campus universitarios en la propia China.

En la última etapa de este largo viaje, en la isla de Espiritu Santo en las islas Salomón, se manifiesta en toda su crudeza lo que el autor denomina la "diplomacia del cheque en blanco", ya observada en África. La explotación intensiva de materias primas en general, con la complicidad de los gobiernos locales.

Analizando el viaje de Hauter, resulta interesante su análisis de lo que llama la dualidad de la política exterior china. Es lo que denomina la "diplomacia de la sonrisa" combinada con la "diplomacia del terror". Por un lado, la China de la armonía general, una China abierta al comercio mundial y que, convirtiéndose en la fábrica del mundo, ha permitido mantener una inflación baja en los países industrializados durante los últimos diez años; que comprando las materias primas en masa, ha contribuido a enriquecer a los países en vía de desarrollo o que ha enriquecido a las empresas en todo el mundo aumentando enormemente sus márgenes de beneficio. Pero

también la China protectora de dictadores, desde Corea del Norte hasta Sudán; una China colonizadora en Tíbet o en la región de Xinjiang; una China amenazante para algunos vecinos como Taiwán, a los que a pesar de llamar "hermanos" amenaza regularmente con sus despliegues militares. Una China en la que, como dice el autor y a diferencia de lo que ocurre en nuestras mentalidades cartesianas occidentales, las cosas no son negras y blancas, sino que forman un todo, como la luna y el sol, lo verdadero y lo falso, el *yin* y el *yang*. Cómo compaginar esa aparentemente irreconciliable diferencia de mentalidades con los intereses comerciales muchas veces comunes entre estos dos mundos, es una pregunta a la que el autor se enfrenta en esta obra.

No es éste un libro que destaque por su rigor documental. Tampoco es esa su aspiración. Su interés proviene más bien de la capacidad del autor para darnos una visión global de la expansión china, enfocándola como un fenómeno planetario. La amplia experiencia de François Hauter, tras largos años de trabajo como reportero en todo el mundo, nos permite entender que esta apertura de China hacia el exterior es fruto de la necesidad, no de una política imperialista. Si sus élites se van, es porque el sistema les resulta insoportable, no por un afán colonizador. Como dice el autor, la diplomacia china se superpone a los mapas geológicos mundiales: donde hay una materia prima necesaria para el funcionamiento de la maquinaria industrial china, allí están las empresas chinas. China es

un país que a lo largo de su historia sólo ha estado interesado en mirar hacia fuera para conseguir lo que le pudiese faltar, pero siempre con el propósito de regresar con el botín bajo el brazo. Como dice un proverbio chino, hay que volver sin demora una vez alcanzado el objetivo.

***Alfred Cerdán Fiz** es Licenciado en Marina Civil y estudiante de la licenciatura de Historia por la UNED. Desde 2006, es coordinador del Equipo de China de la Sección española de Amnistía Internacional y, en estos momentos, es Responsable Adjunto de Pena de Muerte, Acciones Urgentes, Israel, Colombia y Estados Unidos en esta misma organización.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950